



Hablan académicas y estudiantes

CÓMO OPERA LA DESIGUALDAD DE GÉNERO EN LA CHILE

La Casa de Bello se autodefine, a partir de la voz de su comunidad y sus autoridades, como una institución pluralista e integradora. A pesar de eso pre existen y persisten una serie de prácticas de violencia de género y discriminación. Académicas y estudiantes cuentan sus experiencias y visiones de lo que silenciosamente ocurre en los pasillos de la Universidad de Chile.

Por Francisca Escobar y Francisca Palma

“**A**ndate, mejórate y después vuelve a trabajar a la Universidad”, le dijo una alta autoridad de la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile a una académica que a pocos meses de tener su hijo fue a consultar por su situación laboral. Años de trabajo en la Universidad y una promesa de contratación hecha antes de su embarazo quedaron ahí: sin ningún pudor, de abogado a abogada, se le dijo falsamente que era legalmente imposible su contratación. “¿De qué se preocupa si usted tiene marido?”, le dijeron entonces. Ella, trabajadora a honorarios, destacada alumna y docente, decidió que en tales condiciones, había que dejar la U. de Chile. Y en silencio partió.

No es ficción, ni ocurrió en un pasado lejano y machista. Esa escena sucedió hace no muchos meses en la Universidad, faro de luz de la nación, estandarte de las reivindicaciones sociales, núcleo de jóvenes y académicos laicos y progresistas. Porque en esta Universidad, ser mujer sigue siendo en muchos aspectos un tema.

“Ándate piola porque la vida tiene muchas vueltas”, le dijo otro colega a la académica embarazada. Ella, que prefiere mantener su identidad en reserva, dice que “no hice ningún reclamo. Me la tragué porque, entre otras cosas, mi medio es chico y es súper machista, y yo sabía que si reclamaba habría sido sancionada en otros espacios”.

DINÁMICAS DE EXCLUSIÓN

“Recuerdo las taquicardias cuando quería hablar en una clase. Esa timidez, que puede relacionarse con aspectos de mi personalidad, también se vinculaba al hecho de que el espacio filosófico era y sigue siendo predominantemente masculino”, dice Olga Grau, académica de la Facultad de Filosofía y Humanidades, haciendo memoria sobre sus primeros años en la Universidad de Chile a fines de los años sesenta, y dando cuenta de que efectivamente era posible “reconocer algunas actitudes de desvalorización de las mujeres” en su ámbito, la filosofía.

Con años de experiencia académica, y liderando los estudios dedicados a género en la Universidad, el escenario para Olga Grau ha cambiado. “Como profesora, me empoderé y he podido lograr un cierto reconocimiento por parte de mis pares masculinos”. No obstante, advierte que ese sesgo machista no deja de colarse en algunos pequeños gestos. “A veces una expresa una idea ante colegas hombres, y no falta que alguno de ellos se las atribuyen a otro de sus pares masculinos, olvidando que una misma fue quien las expresó. O las incorporan a sí mismos sin aludir a su autoría”, explica.

Aunque Olga Grau —exonerada por motivos políticos de la Universidad en 1975 y reintegrada en 1990— es enfática en decir que la Casa de Bello “ha avanzado en el tema y lo ha hecho desde el momento en que se constituyeron

los programas de estudios de género a comienzos de los años noventa”, enumera una larga lista de pendientes al respecto. La igualdad de remuneraciones entre académicas y académicos con la misma jerarquía y horas de dedicación; la apertura de la discusión sobre temas como violencia simbólica, diversidad sexual, acoso sexual y la ampliación de los estudios de género desde la perspectiva transgénera, son solo algunos de sus ejemplos.

La tercera mujer que lidera la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile, feminista, militante del Frente de Estudiantes Libertarios y estudiante de Medicina no se resta de las críticas a la situación de género en la Chile. Aunque Melissa Sepúlveda reconoce en esta institución un espacio de pluralismo, está cierta en que hoy “se dan muchísimas dinámicas de exclusión y discriminación dentro del sistema universitario”.

—En este tema hay una cuestión institucional y estructural de la Universidad que no se ha sabido resolver, problemas como por ejemplo la condición de embarazo al interior de la Universidad, la inexistencia de salas cuna, es un tipo de violencia contra las estudiantes que se embarazan y que no tienen una alternativa real para poder continuar sus estudios, y muchas veces terminan desertando— explica Sepúlveda.

Otro ejemplo que llama la atención de la Presidenta de la FECh, son los es-

“En la carrera académica operan dos formas de segregación: lo primero es que las mujeres no logran llegar a los puestos de dirección, y lo segundo, la existencia de actividades que son menospreciadas porque están feminizadas, la docencia, por ejemplo”, afirma Kemy Oyarzún.

tudiantes transexuales, quienes asegura sortean grandes dificultades al interior de las instituciones, “tanto a la hora de sacar los títulos o de poder iniciar su transición de género dentro de la Universidad”. Al respecto, Sepúlveda señala “la necesidad de ir avanzando, por ejemplo, en la generación de protocolos de trato y de respeto a la identidad de género dentro de los estudiantes”.

Las dinámicas de exclusión al género femenino y la homofobia en las organizaciones políticas-estudiantiles por donde usualmente transita Melissa Sepúlveda, son un tema también persistente. “Las distintas organizaciones políticas finalmente terminan teniendo una composición en su mayoría masculina y muchas veces sin quererlo se dan estas mecánicas de discriminación”, advierte.

LA FEMINIZACIÓN DE LA ACADEMIA

Kemy Oyarzún, académica de la Facultad de Filosofía y Humanidades, PhD en Filosofía de la Universidad de California y coordinadora del Magíster en Estudios de Género y Cultura mención Humanidades, se incorporó a la Universidad de Chile a principios de los años noventa, momento en que la institución recién comenzaba a dar un giro en torno al tema del género.

“Me contrataron sabiendo que yo era feminista”, dice Oyarzún, quien relata que entonces el tema de género estaba fuertemente vinculado al retorno a la democracia, “a un país más igualitario, horizontal, no tan vertical, no tan se-

gregador. La consigna entonces era, ‘la democracia no va si la mujer no está’, y ‘democracia en la casa y democracia en el país’”.

Concluida la década y avanzado el siglo XXI, el foco ha cambiado.

“Hoy vuelvo a pensar lo femenino desde los géneros del saber, no del género de los cuerpos. Hay facultades y áreas del conocimiento masculinizadas y otras feminizadas. La discriminación sexual está siendo reformulada en los distintos ámbitos del saber. Eso lo veo en el país, y en la U. de Chile. Yo estoy probablemente en la facultad más feminizada de la Universidad”, asegura Oyarzún. El menosprecio por la labor cometida, la falta de recursos y la invisibilización, son parte del sesgo que recae sobre éstas y otras áreas de conocimiento feminizadas, señala la académica.

La estructura de la carrera académica es otro punto problemático en la mira de la profesora. “En la carrera académica operan dos formas de segregación: lo primero es que las mujeres no logran llegar a los puestos de dirección, y lo segundo, la existencia de actividades que son menospreciadas porque están feminizadas, la docencia, por ejemplo”, afirma Oyarzún quien llama a revalorización de la docencia en la carrera académica, “y no solo con un bono, hay que mejorar las condiciones salariales.” La joven investigadora de la Universidad, Luna Follegati, cree que a pesar de que las reivindicaciones feministas han pasado de la reclamación de las

mujeres de poder existir en el espacio público a otros temas, sigue existiendo la tensión sobre si esto ha significado realmente una mejora sustantiva.

Como estudiante y ahora que inicia su carrera académica, visualiza que la violencia de género se sigue expresando en algunos espacios de convivencia de la Universidad, como “en momentos y lugares de distensión o de esparcimiento donde se pasa a llevar a las estudiantes mujeres por parte de los mismos compañeros. Hay casos de abuso o incluso se han demostrado casos de violación en contextos como mechoneos o fiestas”, acusa Follegati.

Otro aspecto donde se daría la violencia de género de forma más brutal es en el abuso y acoso sexual, expresado en relaciones de alumnos y profesores, como también al revés, advierte la investigadora.

Follegati explica que “es fundamental que la Universidad cuente con algún tipo de institucionalidad donde puedan recabar denuncias o solicitar ayuda en el caso de que tanto académicas y académicos como estudiantes que estén en alguna situación de este tipo puedan solicitar ayuda y recibir algún tipo de direccionalidad al respecto”.

-Es importante ahora que se está hablando del rol público de la educación que la Universidad tenga un aspecto preponderante con respecto a la igualdad de género, igualdad de oportunidades, prevención de violencia de género, y otros temas- releva. ♣